

a aquel donde también le había tenido para sus divinas alabanzas. Fue su muerte llorada, con particular sentimiento, confesando todos a una voz ser muy notable la falta que hacía su persona a las cosas de la religión y a la satisfacción del pueblo; pero como su ánimo era necesaria a lo que yo creo, para hinchir una de aquellas sillas de los predestinados, cuyo número ha de ser cumplido según está determinado en la voluntad de Dios, quiso que faltase en la tierra entonces (pues es cierto que en algún tiempo había de faltar) para que desde aquel día comenzase su ánimo a gozar del estado seguro y cierto de su salvación, como por lo que queda dicho de su vida, debemos piadosamente creerlo.

CAPÍTULO LXXII. *De otros excelentes varones de esta provincia del Santo Evangelio*



RAY MIGUEL DE GORNALES FUE NATURAL de la isla de Mallorca. Vino a esta provincia del Santo Evangelio el año de 1555, de edad de veinte y ocho años; varón (aunque tan mozo) escogido entre millares de ciencia y santidad de vida. Puédese decir de este angélico varón lo que Alejandro de Ales solía decir del seráfico doctor San Buenaventura, que parecía no haber pecado Adán en aquel hombre. Luego en llegando a esta tierra leyó un curso de artes y teología, con tanta autoridad, destreza, gracia y aprobación de los oyentes, y de los demás hombres doctos de aquellos tiempos, como uno de los más famosos y consumados doctores del mundo. Y no hay de que espantarnos por esto, pues el Espíritu Santo,¹ que en él moraba y es verdadera sabiduría, abre la boca de los mudos y hace fecundas y elegantes las lenguas de los niños. Andaba tan ocupado en sus ejercicios que parecía no quedarle tiempo para tomar las necesidades corporales. Tenía seis horas de oración mental (que era su principal y continuo ejercicio) y componía juntamente unos comentarios que cada día daba a sus discípulos, por ser el texto de Orbello, que leía muy breve, los cuales comentarios o escolios, por estar llenos de mucha erudición e ingenio, los tienen muchos en grande estima y precio. Leía sus lecciones y tenía cada día sus normas y repeticiones y componía otros tratados de mucha substancia; lo cual (como otro Paulo)² podía bien hacer en aquel que lo confortaba. Celebróse en aquella sazón capítulo provincial en el convento de Huexotzinco; y como viniese a él de las partes de Xalisco el santo viejo ya ciego, fray Antonio de Segovia, y oyese la fama del bendito mancebo, comunicóse con él; conociéronse ambos los espíritus inflamados en el amor divino y quedaron con más deseo de comunicarse más por entero y de más cerca. Persuadió entonces el santo viejo al bendito mozo, que fuese a las partes de Xalisco que allá haría gran servicio a nuestro señor, y más fruto a las al-

¹ Sap. 10.

² Ad Phil. 4.

mas, por haber allí más falta de ministros. Condescendió fray Miguel a la persuasión del viejo y dióle la palabra, que si la obediencia se lo mandase iría de buena voluntad. El prelado superior, que gustaba de favorecer las partes más necesitadas, solicitado del viejo fray Antonio, dio una obediencia a fray Miguel para que en acabando de leer la teología fuese por morador a Mechoacan, que entonces era custodia de esta provincia, y contenía en sí también la parte de Xalisco, y así lo cumplió. Fue cosa maravillosa cuán en breve aprendió dos lenguas, la mexicana y tarasca; porque en muy pocos días que acá se detuvo, acabado el curso que leía, entendió la mexicana y por los caminos iba confesando en ella. La tarasca supo bien, dentro de ochenta días después que llegó a Mechoacan; con la cual acudía a las necesidades espirituales de los naturales, con tanta caridad y fervor de espíritu que parecía un ángel de Dios en la tierra. Mas ¡hay dolor!, que la muerte derribó las esperanzas que todos tenían concebidas de su ciencia y religión. Acabó el curso de esta vida muy mozo, para condenar nuestro descuido; porque (como dice el Espíritu Santo)³ el justo muerto condena los vivos malos y la juventud difunta del mancebo santo arguye y acusa la larga vida y mala del pecador. Murió en el convento de Pazcuaro de la provincia de Mechoacan, donde yace su santo cuerpo sepultado.

Fray Alonso Dávila nació en la ciudad de Mexico, de esta Nueva España, de padres nobles, según el mundo, y ejemplares en su vida cristiana. Dio fray Alonso, siendo mancebo, grandes muestras y esperanzas de ser notable varón, si viviese; porque desde su niñez fue bien inclinado y aplicado a toda virtud y de una conciencia muy delicada y temerosa de ofender a Dios aun en cosas livianas. Era de singular ingenio y habilidad; y así salió muy buen latino y teólogo; siendo en lo primero discípulo del doctísimo fray Juan de Gaona, y en lo segundo del angélico fray Miguel de Gornales. Aprendió también en breve tiempo (demás de la mexicana) la lengua totónaca, con celo de ayudar a aquellos naturales; porque entonces tenía la provincia los tres conventos que después se dejaron: Xalatzinco, Tlatlahquitepec y Hueytlalpa. Y en este último, siendo fray Alonso presidente, por ser tierra muy cálida y enferma, cobró el mal de la muerte, que todo lo allana; y así no perdonó a este religioso en su floreciente edad. Tal es la inconstancia y fragilidad de aquella miserable vida. Agradando a Dios, fue amado de él; y viviendo entre los malos y pecadores que hay en el mundo (como dice el Espíritu Santo)⁴ fue trasladado a la otra vida. Murió, porque la malicia no pervirtiese su entendimiento. Está enterrado en el convento de mi glorioso padre San Francisco, de la Ciudad de los Ángeles.

Fray Juan de Unza, lego, fue natural de la villa de Zaraoz, en la provincia de Guipúzcoa. Fue buen cirujano en el siglo; el cual, por haber sido homicida, se recogió en el hospital de Nuestra Señora de Guadalupe, donde salió consumadísimo en este arte de la cirugía. Y pasando a estas partes de las Indias, tocado de la mano del Señor, tomó el hábito de religión en el convento de San Francisco de Mexico, por ventura, con ánimo de pade-

³ Sap. 4.

⁴ Sap. 4.

cer martirio en alguna de las partes donde a fe se plantaba entonces, porque deseaba pagar la muerte que debía por esta manera de pasión. Castigaba su cuerpo con mucha austeridad y rigor y muchas penitencias. Comía una vez al día, y entonces no más que un poco de caldo de la olla, con algunas legumbres; y nunca gustaba carne. Siempre anduvo descalzo y con sólo un pobre hábito; levantábase cada noche a las diez a orar, y entonces se daba una disciplina con mucha crueldad. Todo el tiempo que vivió fue enfermero y curaba los enfermos con ferviente caridad y hizo en muchos de ellos, así frailes como indios, curas más maravillosas que naturales; porque para todas las que hacía se encomendaba mucho a Dios, y decían los médicos de él que curaba con ciencia y santidad. Cuando moría algún enfermo de los que curaba aquella noche (fuera de lo acostumbrado) se azotaba crudamente, por si acaso por algún descuido suyo no había sido bien curado el difunto. Amaba mucho la santa pobreza y celaba la regla y observancia de ella. Por esta causa, habiendo venido de España los religiosos descalzos de nuestra orden de San Francisco (aunque él andaba tan descalzo y pobre como ellos) parecióle que en su compañía viviría con más rigor y penitencia, y así se pasó a ellos. Y no parando en esto su deseo, con celo de aprovechar a los más necesitados, con el talento que Dios le dio, así en los cuerpos como en las almas, se partió con ellos para las Islas Filipinas; siendo (como era) viejo, y por ventura por ver si alcanzaba el martirio que tanto deseaba; y estando para embarcarse en el puerto de Acapulco le dio el mal de la muerte, con el cual acabó el curso de su peregrinación, el año de 1581. Enterróse en el mismo puerto.

Fray Francisco de León fue primero arcediano de la iglesia catedral de Tlaxcalla, que tiene su silla en la Ciudad de los Ángeles. Tenía hecho voto de religión (según se entendió) y queriendo cumplir lo que a Dios había prometido, según el consejo del Espíritu Santo, por boca de David,⁵ que dice: Haced voto y cumplidlo a vuestro señor Dios, pidió el hábito de nuestro padre San Francisco en un capítulo provincial celebrado en el convento de Huexotzinco. Tomáronse para ello los votos de todos los capitulares que presentes se hallaron; los cuales, teniendo consideración al mucho fruto que en el hábito clerical hacía (porque era un espejo de santidad y entendía en continuas obras de misericordia, sustentando muchos pobres públicos y secretos), votaron que no se le diese el hábito, a lo menos por entonces, hasta que viniese prelado de aquella iglesia, porque era sede vacante. Venido que fue el obispo, que sucedió al difunto, perseveró el buen arcediano en su demanda; porque no fue el espíritu de este santo varón frío como el de el otro mancebo que, llegando Cristo a preguntarle ¿qué debía hacer para seguirle?,⁶ y diciéndole que vendiese cuanto tenía y lo distribuyese entre los pobres, se entristeció y se fue desconsolado de su presencia, sino que, no reparando en cosa de esta vida, las tuvo todas en poco por seguir a Jesucristo. Entró fraile menor con mucho ejemplo y edificación de todos: y como él era antes gran siervo de Dios, así después

⁵ Psal. 75.

⁶ Math. 9. Luc. 18. Marc. 10.

lo fue en la religión, viviendo en toda bondad y santidad hasta la muerte. Cayó enfermo en el convento de Mexico y, estando para expirar, preguntáronle algunos religiosos si había resignado en manos de su prelado las cosillas que tenía de su uso. Volvió entonces el rostro a ellos y díjoles: Yo (bendito sea mi Dios) no tengo que dejar sino en sus divinas manos esta alma que él crió. Parece que quiso este apostólico varón aprovecharse de la sentencia de Cristo que dijo:⁷ Las zorras tienen cuevas y los pájaros del cielo nidos, y el hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza. Dando a entender por ella estar destituido de todas las cosas de la vida, y no tener nada en ella que pudiese llamar propia, entregando su espíritu a su padre en la cruz, desnudo de sus ropas y vestido de su prompta y puntual obediencia. Murió santamente, conforme a la vida que hizo, y enterróse en el convento de San Francisco de Mexico. Preguntándole una vez cierto religioso, amigo suyo, ¿qué le parecía de la vida monástica, y de la orden de San Francisco?, respondió: Vine tarde; dando a entender que quisiera haber venido antes para más gozar de la comunicación con Dios, como en aquel poco de tiempo la había tenido. Puédese decir de este siervo de Dios: *Consummatus in brevi. explevit tempora multa*; porque fue muy perfecto en todo, abstinente, muy penitente, descalzo y de mucha oración, muy pobre y de gran caridad, y así trabajó lo posible en la obra de los naturales.

Fray Gerónimo de Mendoza, de la ilustre sangre de los Mendozas, vino a esta Nueva España mancebo seglar. Y aunque por la nobleza de su linaje el virrey le encomendaba cargos principales, viéndose honrado el noble mancebo, mostraba alguna madurez, ejecutando recta justicia; mas con todo esto no dejaba sus liviandades y travesuras, siendo juntamente recio de condición, y a esta causa penoso y desabrido; y sobre todo indevoto de religiosos, que sólo verlos le era cosa aborrecible. Mas Dios, que es poderoso para hacer, de corazones acerados y diamantinos, hijos de Abraham, le hizo merced de traerlo entre ellos, hecho (como otro Paulo) mansísimo cordero, de lobo carnicero,⁸ y de vaso de ignominia, trasladado en vaso de honra, para que hiciese penitencia de las culpas pasadas y mereciese ser contado en el número de los apostólicos varones. Tomó el hábito de religión en el convento de San Francisco de Mexico; y después de profeso, oyó sus cursos de artes y teología y salió predicador; fue su conversión manifiestamente mudanza de la mano diestra del altísimo señor, como dice el salmo;⁹ la cual no está abreviada para poder salvar, como también lo dice en otra parte;¹⁰ porque cuando siendo seglar fue notado de malas inclinaciones; tanto y mucho más floreció, desde que entró en la religión, en santas y muy religiosas costumbres. Anduvo siempre descalzo y con sólo un hábito de grueso sayal. Tuvo ferventísimo celo de la salvación de las almas; con el cual, pedida licencia a sus prelados, entró muchas leguas la tierra adentro de los indios bárbaros, llamados chichimecas, hacia lo de

⁷ Math. 8. Luc. 9.

⁸ Luc. 3.

⁹ Psal. 76.

¹⁰ Isai. 59.

Copala, padeciendo mucha hambre, sed, cansancio, aguaceros, frío y calores, por la diferencia de los temples de esta tierra, y trayendo la vida a mucho riesgo y peligro, por ser aquella gente como alarbes, a trueque de traellos a la fe de Jesucristo. Y con este mismo celo se partió a España, en compañía del venerable padre fray Francisco de Bustamante, comisario general de estas partes, a pedir favor al rey y a su consejo, para la conversión de aquellas gentes, y en aquella demanda murió en la corte del católico rey don Felipe. Mas no carecerá de premio su santo y celoso deseo, en la corte celestial; pues dice Cristo en su evangelio¹¹ que un jarro de agua fría terná su galardón. Está sepultado este siervo de Dios en la villa de Madrid, en el convento de San Francisco.

CAPÍTULO LXXIII. *Vida del muy religioso padre fray Gerónimo de Mendieta*



EL PADRE FRAY GERÓNIMO DE MENDIETA fue natural de la ciudad de Victoria en Guipúzcoa, tomó el hábito en la de Bilbao, en el convento de nuestro padre San Francisco, siendo muchacho de poca edad; el cual, siendo mancebo ordenado de misa, pasó a las Indias, año de 1554, con el celo que otros santos varones de aquellos tiempos le comunicaron de la conversión de las almas. Era de buena habilidad y muy prudente y sagaz en sus razones. Oyó sus cursos de artes y teología en el convento de Tuchmilco, del excelentísimo mancebo fray Miguel de Gornales, de quien ya dejamos referida alguna parte de las muchas, de virtud y santidad que en él concurrían, salió muy aprovechado en ellos, aunque por ser algo tardo de lengua, como otro Moisés, no predicaba a españoles; pero servíanle de Aarón sus manos, que con la pluma en ellas no había Cicerón, ni Demóstenes más elegante en sus razones. Aprendió la lengua mexicana con eminencia, y más por milagro que con industria humana; porque pidiéndole a Dios, con oración continua (que es la que penetra los cielos), la inteligencia de ella para poderse dar a entender a los indios, le sucedió en el convento de Tlaxcalla, donde era morador, sentir haberle sido concedido de Dios este soberano y especialísimo don; porque aunque la aprendía con mucho cuidado, le parecía que mucha de ella, que jamás había sabido, leído, ni oído, se le venía a la memoria, *perquodam reminisci* (como él decía) por un particular recuerdo, como de cosa que se había sabido otra vez y volvía a la memoria por particular acto de recordación. Predicaba en ella por intérprete, por ser, como digo, algo tardo de lengua, dando por escrito el sermón a su intérprete y asistiendo el elocuentísimo varón a él, lo declaraba el indio al pueblo con toda la elegancia posible. Llamábanle el Cicerón de la provincia, por el grave estilo de su razonar; y por esto las más veces que se escribía a España, al rey, al consejo y la orden, en cuerpo de comu-

¹¹ Math. 10.